

## Suárez, humanista

### SUS CUALIDADES DE ESCRITOR

Si es verdad que la inteligencia es lo más precioso que guarda el sér humano; si es cierto que su luz nos hace semejantes a la esencia divina, y si no es falacia ni mentira que ella tiene el imperio del mundo, al que rige con el poder de la idea, nada entonces más digno de estimarse y contemplarse que sus diversas manifestaciones. Al toque irresistible de su fuerza vemos los hombres disputarse opuestas y contrarias posiciones y catalogarse, en esta esfera vacilante de la tierra, en tantos campos como opiniones abundan. Pero esas ideas que congregan o dispersan, que concitan o apocan las humanas aspiraciones, no podrían difundirse si no contaran con el instrumento adecuado de quien como un sol espiritual las expandiera por el mundo del pensamiento. Seres sin vida no hablarían a las inteligencias ni enardecerían los corazones, estímulos que como dos puertas nos brinda la naturaleza para tomarnos la plaza que en cada alma se encierra.

Misteriosa actividad esta de la palabra escrita, que puesta al servicio del hombre superior, lo convierte como en otro dios humano que concibe y ordena todo un universo conforme al diseño que en su mente escrutadora le trazan sus ideas cual copias imperfectas de los divinos prototipos. Es entonces cuando se nos presenta grandiosa y delicada la misión del escritor, que dispone de poderes casi ilimitados, como puede ser ilimitado el contagio de las ideas que propaga. El ordena o desconcierta, eleva o abate, moraliza o destruye, ilustra o arruina según que lo agite éste o aquel intento que haga su apostolado memorioso o despreciable. Noble y levantado su ideal si penetrado del amor a la verdad difunde con el poder de su pluma las luces de su espíritu y los tesoros de su ciencia, aumentando así

la herencia más cara de la humanidad, cual es su patrimonio espiritual. Fiel a su misión si sobre el teatro de estrechos intereses levanta su voz como un himno encendido de amor ante las aras venerables de la religión, la lengua y la patria.

Si éstas son condiciones que hacen imperecedero el mérito de un escritor, pocos como Suárez dejaron correr jamás los encantos de su estilo con mayor alteza de miras, con más apostólica abnegación ni con más arraigada convicción que recuerda la raigambre secular de los cedros del Líbano. Sirvió a la religión, herencia de su raza y sombra benéfica de su tierra, ya blandiendo con pluma de fuego los arrestos formidables de su lógica, ya cantando en la forma impecable de su armonioso decir las bellezas inefables que ella encierra. Sirvió a la lengua, modelando este vaso de clásica transparencia con la labor sostenida de su estudio hasta hacerla aparecer como señora de sus elevados pensamientos. Convencido como alma de buena cepa española, de que no hay idioma más cristiano que la lengua de Castilla, nacida al fragor de las armas creyentes que defendían contra los moros el lábaro de la cruz, en él se aprecia, como en los Luises y San Juan de la Cruz, ese paralelismo inexplicable de armonías y de angélicas fruiciones que guardan entre sí, el genio del cristianismo y el del idioma castellano, hecho, según se ha dicho, para expresar las sonoras y significativas palabras de *Dios, rey y patria*. Y sirvió a su nación, recordando su pasado glorioso para faro de sus ulteriores conquistas, alabando sus glorias para aliento de los colombianos y estimulando las virtudes de los ciudadanos para ejemplo de la juventud patriota.

Las cualidades que templan y modelan el bronce moral de un carácter, han de tener su raíz y explicación en lo íntimo del ser, ya que hay en los espíritus

superiores una fuerza oculta de selección que guía a la humana criatura en su marcha a través de ese cosmos de ideas e impresiones que a diario y dondequiera la solicitan. De ahí que el hombre, eco y reflejo del mundo exterior, sea producto de una ideología y fusión de determinados sentimientos depurados en la criba de su peculiar modo de pensar y de sentir.

Mas esa fuerza interna de selección que distingue un carácter y explica la enorme variedad de modalidades humanas, trasciende su luz hasta las obras de un autor, imprimiendo en ellas su sello inconfundible.

La soledad de las montañas antioqueñas que en su profundo meditar predicán calma y alejamiento, como que hubiera arraigado en Suárez ese aspecto peculiar de su alma que lo llevó, desde temprana edad, a no mirar sino el lado serio de la vida con todas sus realidades, lejos de las fantásticas ilusiones con que los años juveniles nos invitan al penoso vivir. Adivino del dolor, se adelantó a él con el corazón de un romano de la edad de hierro que describiera Virgilio, habiendo adquirido en la escuela de un estoicismo cristiano aquella firmeza de temple que acompaña al espíritu de sacrificio, sabedor de que el sufrimiento como el martirio sólo los dispensa Dios a las criaturas preparadas después de un largo batallar.

Desde sus primeros escritos se revela como un talento maduro a quien sólo sonrieron las dulzuras del saber, consagrándole con avidez de genio todas sus energías, ya que el sabio es el avaro del tiempo y de la ciencia. Por eso sus obras, copias de su vida, que fue una queja prolongada, no presentan, como en la generalidad de los autores, aquellas etapas que marcan el desarrollo de la sensibilidad artística de un escritor y las facetas movilizadas de su inteligencia. Alma uniforme, casi nada tuvo que rectificar y casi todo que rati-

ficar, prolongándose íntegra la consecuencia de su personalidad hasta sus últimos días, sin dejar por eso de mostrarse siempre el mismo y siempre nuevo, en las formas de su arte y en la galanura de su estilo... *Alme Sol, aliusque et idem nasceris!*..... Suárez es como aquellos arroyos, que inmaculados llevan desde su fuente cristalina hasta el mar océano, el tributo de sus ondas sin que en su curso se hayan contaminado con el cielo de la tierra.

Su pensamiento austero, plasmado en los eximios maestros de la filosofía, adquirió, desde muy temprano, aquella agilidad de comprensión con que ahondaba en las más intrincadas cuestiones de aquella ciencia. Ella lo orientó, con rumbo certero, hacia las beldades que perseguía, aprendiendo en ella también esa serenidad y ese claro discernimiento con que se manifiesta la diaphanía de nuestro lenguaje interno, cuando la mente se empeña en hilvanar sus concepciones.

De Santo Tomás, maestro de los siglos, sacó la argumentación que sostenía sus afirmaciones, y de Balmes ese su nervio de apologista con que como atleta invencible defendía los fueros de sus creencias. Ellos le enseñaron que la inteligencia debe moverse en pos de la verdad y sólo de la verdad, que la voluntad busca el bien y que sólo los eternos modelos de belleza estimulan el sentimiento, como vastos luminares con que el Sér infinito tira al hombre de sus potencias para atraerle hacia su centro.

Paralela a esa su formación filosófica se desarrolló su gusto literario, ya que la literatura, «flor de la civilización», como él mismo dijera, sin una robusta ideología que la nutra de su savia, se ve que muchas veces se reduce a un mero barajar de palabras que cuando más hablan a la imaginación pero que dejan vacíos la inteligencia y el corazón. De ahí que esta alma for-

tunosa, llevada de su estética literaria, no encontrara sino en los manantiales clásicos, las aguas frescas que habría de abrevar su espíritu refinado, convencido de que el clasicismo es en arte lo que el catolicismo en religión, escuela perdurable, que servirá a la humanidad de piedra de toque a pesar de los caprichos veleidosos de la moda.

Maravilla sobremodo el conocimiento profundo que tenía de los autores latinos antiguos, en los cuales inquiría todos los secretos de su inspiración y todos los aspectos de su pensar para encontrar las habilidades de su maga expresión. En Cicerón—el rey de la elocuencia romana—cuyos diálogos parece que le hubieran inspirado sus inmortales «Sueños», encontró aquella delicadeza de oído que le hizo sensible a la música del lenguaje en la sonoridad del período; en Horacio—el poeta de la imagen—aquella concisión y riqueza de pensamiento no menos que aquel acento patriótico con que el vate latino deplora las desaparecidas virtudes patrias; y en Ovidio, ese aire de lamento que Suárez deja escapar en medio de la injusta incompreensión, ostracismo del espíritu, tan cruel como el antiguo.

No menos que los anteriores, supo Virgilio también instilar en el alma sensible de nuestro escritor aquella pulcritud de dicción con que el mantuano va zurciendo en los hilos áureos de su lenguaje las notas todas de sus exquisitos sentimientos.

Asíduo y ferviente admirador de la sabiduría latina, sin mostrarse espíritu pagano, recogió como buen espigador lo mejor de las literaturas antiguas para vaciarlo en el moide de su personalidad profundamente creyente. Tipo genuino del renacentista cristiano, puso al servicio de las ideas evangélicas las bellezas geniales del gentilismo, haciendo ver, como ya lo había declarado Clemente de Alejandría, que Dios había con-

cedido chispas de verdad a los pueblos que peregrinaban sin la luz de la revelación que guiara a la nación judaica

De esas obras antiguas sacó las sabias reflexiones que guían a las inteligencias cultivadas a través de la vida, al paso que su alma se gozaba en los encantos de esa cultura que le iba familiarizando a la emoción del arte que no muere. Pocos como él conocieron tan de cerca, si así puede decirse, la grandeza del Lacio, sus hombres, su genio, las causas de su poderío y las raíces de su ruina y corrupción. Es que su avidez literaria no descansaba sino cuando a la contemplación del artista se añadía la profunda reflexión del filósofo.

La literatura griega le brindó también las creaciones de su genio único, comunicando a su obra aquella diafanidad y aquel armonioso equilibrio que siempre distinguieron a los hijos de la Grecia eterna, pues a través de su estilo de corte latino se recata el alma de un refinado ateniense de la época de Pericles.

Los pensadores helenos en su apostólico afán de conducir la razón hasta la excelsitud misteriosa de sus teorías, buscaron la imagen adecuada y vivaz, que por arte de encantamiento entronizaba la inteligencia en el mundo deslumbrador de sus concepciones, convencidos de que el brillo de la comparación, hablando a la fantasía, estimula de antemano la simpatía del entendimiento. Suárez contempla extasiado esos palacios de la imaginación, observa la construcción de ese idealismo que se esfuma en los horizontes de la humana comprensión y luego su idea se eleva también con el ropaje de una imagen parca pero delicada, al mismo tiempo que su pensamiento simula las flexibles ondulaciones del vuelo con que el águila silenciosa asciende a las mayores alturas.

Después de un largo batallar de las escuelas, el espíritu griego, inconforme ante el desconcierto que le producía el mundo de los fenómenos y de los cambios, logra remontarse a la unidad como a un dios escondido que dirige y sostiene esas energías de mutación y movimiento y hacia cuyo centro convergen en equilibrado consorcio las finalidades de los seres. Es entonces cuando asido a la unidad se le descubre en toda su fuerza agobiadora y sublime la belleza de este cosmos, como una oscilación constante entre lo uno y lo múltiple, al propio paso que en éxtasis de fruición aprecia el enlace y coordinación del conjunto universal.

Mas el tesón y el empeño sostenido con que la inteligencia griega descubrió la unidad cósmica en lo diverso, encajaron las creaciones artísticas dentro la norma reguladora del *Ne quid nimis*, a fin de no velar la unidad que enlaza con maestría los diversos elementos, comunicando al todo la fuerza insuperable del genio.

Pero al lado de estas notas características del arte helénico, Suárez, como un discípulo directo de Pitágoras, asimiló el dón de la armonía que todo lo pesa, lo mide y lo dispone y sabe ocultar con la ley de su equilibrio el motivo principal que nos encanta para que quien lo saboree lo extienda al todo. Tal parece ser su secreto. Hecho como el filósofo de Samos al sentido de las armonías, nada hay discordante en él, encontrándose todo dispuesto con la delicadeza de un músico.

Pero es sobre todo en la España clásica en donde se esconde la raigambre estilística de nuestro eximio escritor. Es allí donde se ostenta, de modo casi increíble, el mar ilimitado de su saber y erudición y donde el múltiple poder de su inteligencia produce el vérti-

go del pasmo a quien ensaya lanzar una mirada ligera sobre sus vastos dominios. Aquí la extensión marcha paralela a la intensidad con las que Suárez recorrió guiado por el Virgilio de su avidez, las mansiones innumerables que encierra el idioma de Castilla. No hubo asunto que no vislumbrara ni cuestión que no pasara luminosa por el severo tamiz de su crítica; puede decirse que el romance castellano fue para él un camino sin veredas, un mundo sin tinieblas, un universo de astros y un océano de luz.

Por maravillosa ley de la humana naturaleza, tiende el hombre a arraigar en su sér el amor de aquello a lo cual su afición lo solicita. De aquí que haya como un recíproco movimiento de atracción entre el cultivo del idioma y el amor hacia él, creciéndole éste en la medida con que aquél se cultiva. Si esto encierra alguna verdad, puede decirse que el amor de Suárez a España, ya que la lengua es el alma de un pueblo, es tan inmenso como las palabras que llenan sus páginas, pues en cada una de ellas corre como vivificante savia que todo lo anima, su notoria dilección por la península a través de su idioma, tomada en el conjunto de todas sus glorias y grandezas, de todas sus desgracias y miserias.

El concepto que tenía de la lengua hacía que la mirase como el móvil de toda su personalidad y de todas sus grandiosas actividades, haciendo girar todo su pensamiento en torno de ella, que venía a ser como la idea madre que daba inspiración a sus escritos y labores al parecer dispersos y heterogéneos, de tal manera que si Cuervo, que reconcentró en sí mismo todo el cúmulo de su ciencia lingüística, pudo haber dicho con sobrada razón: «la lengua soy yo»; Suárez, que la expandió por horizontes de ideología marcadamente his-

pana, pudo a su turno añadir: «la lengua es todo, es América y España».

Este punto de vista noble y perdurable lo llevó con lógica natural a atar con los vínculos espontáneos del habla castellana el alma de cada una de las naciones hispánicas en su célebre doctrina que lleva su nombre. Por ello se esfuerza con empeño continuado en despertar el estudio de este legado materno, empleando en sus multiplicados elogios por la España castiza, frases como la siguiente: «Si para San Juan de la Cruz un pensamiento vale más que el universo, y si para Max Müller una raíz que ilumina un idioma es tan importante como cualquiera ley física, ya se ve cuán nobles han de ser y cuán útiles los estudios de esta especie. Y si lo más esencial del alma es el pensar; si la diferencia exterior del hombre no es la risa ni las lágrimas, sino la palabra; si los pueblos no acaban sino cuando su lengua acaba, podemos decir que el pensamiento es el alma, la palabra es el hombre y la lengua es la patria».

De suerte, pues, que Suárez no estudió la lengua por sí misma, sino orientándola a una finalidad que parece desentrañar de la naturaleza misma de la palabra concedida por el Creador para que los hombres realicen de modo perfecto y duradero su arraigado instinto social, viendo en ella, ante todo y sobre todo, aquella influencia hereditaria que estrecha con fuerza mayor pueblos de origen hermano.

Siguió el desarrollo de la prosa castellana en todos sus pormenores, observando, con acuciosa paciencia, en cada proceso de su desenvolvimiento todo aquello que la iba haciendo sonora, varonil y más castiza. *El castellano en mi tierra* es un recuerdo glorioso donde Suárez se extasía en ver cómo la señora de sus sueños va tomando los perfiles perfectos de su definitiva

y augusta figura. La vio destacarse ruda y latinizante en las Partidas del Rey Sabio, hasta verla galana y caballeresca en Cervantes; realista y opulenta en *La Celestina* y la novela picaresca; digna en Hurtado de Mendoza; rica en Quevedo y Mateo Alemán; erudita en Juan de Valdés; ágil y fecunda en el padre Isla y majestuosa en el gran Jovellanos.

Sin descuidar el estudio de los elementos árabes y judíos que acudieron a presentarle la ornamentación oriental de su musical decir, ahondó sobremodo en el arroyo gótico que vació también parte de sus ondas en el caudal de este idioma tan complejo como armonioso. Los viejos cronistas españoles, entre los cuales cita a menudo a su Fernando del Pulgar, no menos que los cronistas americanos, dieron al humanista el sentido que él solo poseía para apreciar lo añejo, lo antiguo, que para él guardaba como ánfora judía, las esencias del amomo.

Mas fue el monarca de la prosa castellana quien dio a su obra enriquecida ya con el acopio escogido de tantos elementos, la nota más predominante de su figura literaria, pues en él encontró, en floración perfecta, todas las gracias que hacen su estilo rico, vivo y penetrante.

En su *Discurso sobre el Quijote*, escrito en corte verdaderamente cervantino y en el cual es difícil encontrar un epíteto, descubre con maestría los motivos más escondidos que causan el embeleso de la obra de Cervantes. Con la erudición sagaz de un Rodríguez Marín, estudia la sicología de los personajes, su lengua y su estilo, destacándose Suárez en cada frase como un crítico consumado, que apunta a cada paso las gemas más preciosas de aquel minero, asombro imperecedero de las naciones cultas.

Penetra en el alma de los personajes y después de un análisis minucioso, Don Quijote se nos hace más digno de lástima y Panza más socarrón, ahondando así, con mayor relieve, la diferencia entre lo cómico y lo triste, entre lo ideal y lo vulgar, entre el sacrificio y el egoísmo. En una palabra, nos humaniza todavía más ese cuadro síntesis portentosa de la terrena existencia.

El realismo de aquella obra acendró en nuestro hombre la nota humana, el conocimiento del versátil corazón, conmoviendo su alma con las tristes pero profundas meditaciones que suscita el genio melancólico de Cervantes. Es entonces cuando, en acento adolorido, nos describe así, el principal encanto de esta pieza: «El libro de Cervantes parece, pues, ser el más popular, por ser el más variado en sus pormenores, el más natural y real en sus pinturas, el más profundo en su significado y el que pulsa con más acierto las fibras del corazón, no bajo la forma de una poesía más o menos artificial, sino bajo la forma de lo que diariamente vemos y sentimos. Mientras que los inmortales de Grecia, Italia, Inglaterra, hacen descender los dioses del cielo a la tierra, o trasladan las almas de la tierra al infierno, o convierten en ambas cosas el corazón poseído de intensísimas pasiones, este inmortal de España, este soldado estropeado, este poeta más versado en desdichas que en versos, este modesto terciario y este agente corredor de negocios que solicita una plaza de contador en Santafé de Bogotá, o en Cartagena de Indias, pone en su libro toda la vida real con sus vaivenes y amarguras, con sus exaltaciones y caídas que degeneran unas veces en locura sublime y otras en vulgar locura».

Si es verdaderamente difícil rastrear en Suárez las huellas estilísticas de un determinado autor, si salta

a los ojos de cualquier iniciado en las letras castellanas que el lenguaje y el estilo de este Cervantes colombiano recuerda con frecuencia repetida la riqueza de vocabulario, la variedad de giros y el acopio de refranes, que esmaltan cual alfombra de Persia las páginas eternas de Cervantes.

El estilo cervantino caracterizado, como apunta el mismo Suárez en su discurso citado, por ciertas enumeraciones de eufonía y riqueza, por la elegante redundancia con que el inmortal español se muestra dominador de la lengua, y por la forma de frases que da a los epítetos, permite, en muchísimos pasajes, verificar tal semejanza, que a veces parecen confundirse, no quedándosele en zaga ni en las figuras, ni en la sobriedad, ni en el hipérbaton que en ocasiones imita de modo que raya en lo atrevido.

El lenguaje popular e histórico que corre rico y opulento en el teatro y los romances, en fusión con la prosa culta y elevada, mostró a Suárez los diversos matices de que el idioma es capaz, así como la flexibilidad que toma en cada escritor clásico.

\*  
\* \* \*

La Biblia, fuente de eterna poesía y de celestiales consolaciones para el hombre, viajero en el valle de la miseria, no podía negar a Suárez sus dulzuras ni las supremas sentencias de su sabiduría divina. En ella el victimado de los hondos sufrimientos acoró su prosa cristiana en la que esconde una súplica resignada. Es éste uno de los aspectos más compasivos de Suárez, que suscita la idea de un solitario alejado de las humanas contingencias para vivir sólo de los destellos consoladores que da la esperanza ultraterrena.

Esa unción bíblica trasciende con íntimo aliento todos y cada uno de sus escritos hasta culminar en la

*Oración a Jesucristo* y hace que cuando trate los asuntos santos, nos los presente más amables que grandes, más al alcance de la humana criatura que cercanos al entendimiento.

A la luz esplendorosa de la revelación disertó con elocuencia casi sobrehumana sobre la Providencia, la felicidad y el dolor. Sobre la Providencia cuando dice que su paternal acción es un *ahora* perpetuo y un inmenso *aquí*, que simultáneamente comprenden la acción divina infinita y la acción humana limitada, fundiendo en uno la Providencia con la libertad.

Sobre la felicidad, cuando después de enumerar las diversas causas de dicha, dice que la paz es lo esencial de la beatitud o bienaventuranza; que esa paz puede hallarse en el dolor, así como puede no hallarse en la prosperidad y en los goces. Pero más elocuente se muestra sobre el dolor, como que sintió todas sus agudas saetas, creciendo su intensidad en la medida con que se iba llenando de días. Así, luego de deplorar el escepticismo de Leopardi, a quien faltaron las consolaciones de los libros místicos y evangélicos, dice por boca de Justino: «El dolor, ante todo, es necesario por ser limitada esta vida. El tiempo, como duración que termina, explica el dolor como hecho racional. Si no hubiera dolor, la muerte sería el fenómeno más inexplicable y más cruel, porque sería la interrupción incomprendible de la dicha, sería la guadaña que en vez de cortar las mieses secas, cortaría de un tajo los jardines floridos en toda su sazón».

Fija su mirada en el libro santo, faro de claridad indeficiente, analizó también todos los sucesos de la humanidad, el encadenamiento de los hechos, los cambios de los tiempos, la marcha de las sociedades y las preocupaciones de los hombres. Del libro de los libros sacó la fortaleza de su alma, la diafanidad de su cristiano



criterio y el vuelo que da la contemplación de los sublimes misterios.

Los libros sapienciales—código divino—que enseña al sabio a hermanar la filosofía de la virtud con el desprecio por lo efímero y lo terreno, le dieron el sentido sobrenatural de la vida que le hacía elevarse hasta la eterna lumbre desde la limitada perfección, pues no ignoraba que la revelación es un rayo de luz, que arranca de la mente divina y va directamente al hombre, mientras que la razón es débil resplandor que se dirige a Dios a través de la opacidad de las criaturas.

Isaías—el profeta de la sublimidad—en cuyas amenazas vibra su espada de fuego, muchas veces pasmaría su alma al contraponer a la cruel maldad humana la severa justicia de Jehová irritado. Pero sobre todos, el libro de Job—memoria y medida suprema del dolor humano—fue el objeto de sus cotidianas meditaciones. En la cancerosa miseria del Idumeo, vio reflejada la desgracia inmensa de su sér moral, el abandono de sus amigos y el deshojarse una a una, heridas por el infortunio, todas sus dichas y todos sus humanos consuelos, desde la pérdida de su esposa y de sus hijos, hasta la ficticia pérdida de su incólume reputación.

En su «Sueño de Israel», propio de un Donoso Cortés, no se pueden menos de admirar sus conocimientos bíblico-históricos; para rastrear paso a paso, siglo por siglo y exilio tras exilio, el peregrinar providencialmente divino del pueblo deicida, que como lo dijo él mismo, en frase brillante, lleva en su seno *vida persistente*. Allí el lamento bíblico con que Suárez deja resonar las notas de su amor entrañable a esa nación desgraciada, sobre cuya frente pesa el baldón secular del crimen más grande y más horrendo; y allí también la vitalidad divina que la sostiene en su lucha milenaria

contra el odio universal, que él quisiera apagar con elocuencia que hubiera arrebatado a los profetas de Israel, cuando dice: «Es que en el alma de esa agrupación, relativamente pequeña, sin territorio y sin ejércitos, alientan positivamente unas veces, y otras de modo histórico, promesas de eternidad y esperanzas inmortales; es que la historia de los judíos se confunde con la historia universal en su alcance humano y en su alcance divino. Dentro de esos males florece el árbol de la vida y a su lado el árbol del original infortunio; se levanta, coronado de tormenta, el Sinaí de la ley cansada; se alza, difundiendo amor, el Calvario de la redención; y por medio del monte Vaticano se extienden para todos los hombres enseñanzas hasta el fin de los tiempos».

\*  
\* \*

El cristianismo en la sublimidad de su doctrina, enalteciendo al hombre y satisfaciendo su sed de lo infinito, cuenta con un resorte poderoso que estimula una de las aspiraciones más ingénitas del espíritu, que busca en el Sér Supremo un punto de apoyo en medio del vacío producido por el mundo de lo creado.

Este resorte apenas lo vislumbraron, de modo imperfecto, las religiones antiguas, ya que el paganismo en lo falaz de sus ritos y creencias, mal podía llevar la fe al corazón de sus adeptos. Platón, en su teoría de las ideas, ensaya remontarse a la idea suprema del bién, desde donde los seres reciben, como de último eslabón, el sér de su vida y de su esencia; pero esta teoría tan bella como insubsistente, al fin y al cabo deja al hombre perdido en los palacios de su imaginación poética.

Más cercano, Plotino en su sistema emanativo y en su ascensión intelectual hacia el «Unum», conduce a un panteísmo en el cual el alma contempla con desprecio aborrecible las criaturas, sin que pueda encontrar tampoco el objeto de sus anhelos. Sólo el cristianismo logra establecer, de manera pura, este consorcio entre el Creador y la criatura, despertando en ella nobles y elevados sentimientos, que expresa en lenguaje como tocado de lo divino. En la mística cristiana se manifiesta, pues, la inmensidad del ser humano, porque en ella encuentra la fuente cristalina en la que puede aquietar sus innúmeros y levantados apetitos.

El hombre, fastidiado del aspecto finito de lo real, se remonta a las regiones de lo alto, le busca, le llama, le encuentra y le canta, siendo entonces en cada progreso de su solicitud cuando su lenguaje reviste las galas más ricas a que puede aspirar, como que la palabra cansada también de expresar lo humano, siente la necesidad de ser tocada de las cosas altas. Suárez, como ejemplar escogido de almas elevadas, sintió la indigencia de lo sublime y con todas las cualidades de su talento acudió como siervo sediento a solazarse en las linfas cristalinas de la literatura mística española. San Juan de la Cruz, la Doctora de Avila, Rivadeneira en su «Tratado de la Tribulación», Kempls en sus oráculos, Fray Luis de León y Granada a la cabeza del místico desfile, sirvieron a nuestro insigne humanista el banquete de sus celestiales manjares. Nadie mejor que él mismo puede describirnos lo que tomó de cada uno, cuando al recorrer los autores místicos nos va mostrando los encantos de esa literatura, corona exclusiva de la España creyente que luchó ocho centurias en desalojar los invasores, más que de sus tierras, de su religión. Oigámosle: «Pero en ninguna otra comarca de

la inmensa literatura de España es tan bella la lengua y tan pura como en los libros de los místicos. Oh! aquello forma un jardín soñado por donde corren las fuentes de la revelación, de la filosofía, de la inspiración y de la santidad, por entre las flores de un estilo sobrehumano. Todo conspira a hacerlo acabado: la sabiduría profunda, la meditación sostenida, la humildad misma que ve lo que hay y nada más de lo que hay, la erudición bíblica y clásica. Granada, el que modeló la cláusula española, guía al pecador por medio de palabras armoniosas y elocuentes, tan dulces como nuevas para nuestros oídos. El maestro León expone los dolores de Job o los misterios y nombres de la Divinidad humanada, maravillando con la sublimidad y a la vez con la composición de una frase cuyos giros despiden luz como las aguas de un diamante. San Juan de la Cruz, autor del pensamiento que, según Leibniz, es el más grande que ha salido de pluma alguna, construye con la soltura del maestro, y su vocabulario es todavía más sencillo. Rivadeneira y Zárate, llevando de la mano por los campos de la muerte a los escogidos de la tribulación, les enseñan a sacar dulzura de las hieles ofrecidas a Dios en el cáliz de la conformidad y hacen esto por medio de palabras tan puras y con un estilo tan casto y natural, que el lector los imagina hasta con la voz de una madre».

ANTONIO ANDRADE CRISPINO

